

Venecia

JAN MORRIS

TRADUCCIÓN DE
CONCHA CARDEÑOSO



Título original:

Venice

Primera edición: junio 2022

First published in 1960

By Faber & Faber Limited

All rights reserved

© James Morris, 1960

© Jan Morris, 1973, 1979, 1998

Published by arrangement with Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Revisión de la traducción: abril 2022

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-02-3

Impreso en España

Depósito legal: M-9799-2022

Venecia

TIERRA

A 45° 14' N, 12° 18' E, el oficial de derrota que navega por la costa italiana del Adriático descubre un resquicio en la larga línea del litoral y, virando al oeste, con el impulso de la marea, entra en la laguna. El bullicioso azote del mar desaparece inmediatamente. El agua de alrededor es opaca y poco profunda, la atmósfera curiosamente translúcida, los colores pálidos y, por encima de la amplia hondonada de agua y bancos de lodo, se cierne una insinuación de melancolía. Es como una laguna albina.

Está rodeada de reflejos ilusorios, como espejismos en el desierto..., árboles temblorosos y colinas borrosas, barcos sin casco, marismas imaginarias; y entre tanta alucinación, el agua reposa en una especie de trance. A lo largo del arrecife oriental se extienden, vacías y descuidadas, en desordenada hilera, unas aldeas de pescadores. Unas empalizadas intrincadas y desgarradas de palos y mimbre se desparraman por los bajíos y, entre ellas, unos hombres solitarios, hundidos hasta la rodilla en barro y agua, hurgan en el lodo buscando mariscos. Una motora pasa de largo resoplando y atufando a pescado o a lubricante. Una mujer grita desde la orilla a un amigo y su voz se pierde en la distancia de forma extraña, sofocada y distorsionada, cruzando las planicies.

Por todas partes surgen islas silenciosas, envueltas en marjales y bancos de barro. Aquí se levanta un ceñudo fuerte octogonal; allí, un fantasmagórico faro abandonado. Un despliegue de redes adorna las paredes de un islote de pescadores y una nidada de barcas hocica en la puerta del agua. En la muralla de los barracones de una isla, un soldado apático con la gorra sobre la frente saluda con desgana desde la garita del centinela. Dos

perros feroces ladran y rabian en una villa desmoronada. En una pared reluce un destello de lagartijas. De vez en cuando, cruza el agua subrepticamente un olor a campo, a vacas, heno o fertilizante... y, a veces, en la estela de la embarcación aletea no un albatros, sino una mariposa.

Al cabo, este paraje desolado se anima con la aparición de elegantes villas blancas sobre el arrecife. La corcova de un gran hotel asoma por encima de los árboles, unas sombrillas alegres adornan un café. Un elegante vapor de pasajeros pasa bulliciosamente rumbo al sur hundido por la carga. Una flotilla de pescadores discurre con destreza hacia mar abierto. Al oeste, al pie de unas montañas borrosas, se vislumbra un tenue destello de bidones de gasolina y una insinuación de humo. Una gabarra amarilla, cargada hasta la bandera de botellas de gaseosa, surge del embarcadero como una alegre paloma de un arca. Un yate blanco pasa deslizándose con indolencia. Tres niños han varado su barca en un banco de arena y se arrojan lodo baboso. Un destello oxiacetilénico se desprende de un cobertizo oscuro y se divisa una gabarra en unos pilotes junto a un varadero. Suena una sirena; una campana repica noblemente; una gran ave marina blanca se posa con pesadez en lo alto de un poste; y entonces, el oficial de derrota, al doblar un promontorio, ve ante sí una ciudad.

Es muy vieja y magnífica, tiene la espalda encorvada. Sus torres dominan la laguna con esplendor malhumorado, unas inclinándose a un lado, otras a otro. Presenta un perfil abigarrado de campanarios, cúpulas, pináculos, grúas, jarcias, antenas de televisión, almenas, chimeneas excéntricas y un enorme elevador rojo de grano. Se entrevén banderas y tejados agitados, columnas de mármol y canales cavernosos. Los muelles son un hervidero constante de embarcaciones en movimiento; un gran buque

blanco se desliza hacia el puerto; una multitud de palacios monstruosos se apiña a la orilla, tambaleantes, mascullando como aristócratas inválidos que se disputan el aire fresco a empujones. Es una ciudad retorcida pero maravillosa, y a medida que el barco se acerca sorteando las últimas islas coronadas de iglesias, un avión de reacción sale del sol rugiendo espléndidamente y toda la panorámica parece estremecerse de satisfacción, de vejez, de suficiencia, de tristeza, de placer.

El oficial de derrota guarda las cartas y se pone un alegre sombrero de paja; ha arribado a la tierra por excelencia: Venecia.

Los estuarios de tres ríos viriles formaron la laguna veneciana precipitándose desde los Alpes, con sus sedimentos de arena, pizarra y barro, sobre la esquina noroccidental del Adriático. Durante muchos siglos, protegida del mar abierto por un muro de arrecifes arenosos, permaneció recóndita y anónima en la frontera de la Pax Romana. Dispersas entre las marismas, vivían comunidades de pescadores y salineros. Algunos comerciantes se aventuraban a veces a recorrer la laguna. Unos cuantos romanos ricos y aficionados a la caza construyeron villas en las islas para ir a merendar, a descansar o a cazar patos. Hay historiadores que afirman que los patavinos tenían un puerto en los arrecifes de alrededor; otros creen que en aquellos tiempos no había tanta agua y que la mitad de la laguna eran tierras de labor. Rodeando su perímetro, en la tierra firme del Véneto romano, florecieron ciudades de renombre, como Aquilea, Concordia, Padua y Altinum, económicamente fuertes durante la civilización del Imperio. Sin embargo, la laguna permaneció al margen de la historia, envuelta en mitos y malaria.

Más tarde, en los siglos v y vi, llegaron del norte, en oleadas sucesivas, los godos, los hunos, los ávaros, los hérulos y los lombardos, saqueadores del Imperio. Las tierras del interior fueron arrasadas por el fuego y la venganza. Los pueblos del Véneto, impelidos por la barbarie, la brutalidad e incluso por la amenaza de la herejía cristiana, abandonaron sus posesiones y huyeron al refugio más próximo: la laguna. A veces, tras una fase de invasión bárbara, volvían de nuevo a sus tierras, pero poco a poco, a lo largo de los años, el éxodo se transformó en emigración y terminaron convirtiéndose en venecianos a trancas y barrancas. Algunos recibieron órdenes divinas directas y, dirigidos por sus formidables obispos, se fueron a la laguna aferrados a vestiduras y cálices. Otros se dejaron guiar por revelaciones en forma de pájaros, estrellas y santos. Algunos se fueron con las herramientas de su profesión y hasta con piedras de sus iglesias. Otros cuantos eran indigentes, «pero no se recibía a hombre de condición servil», asegura la tradición, «ni asesino ni de vida disoluta».

La mayoría se instaló en las islas del norte de la laguna, rodeadas de arrecifes y maleza anegada (donde san Pedro en persona, por ejemplo, asignó una propiedad fértil a los ciudadanos de Altinum). Algunos se aposentaron en el perímetro exterior, lo más lejos posible de los incendios de Atila. Gradualmente, en un movimiento santificado por innumerables milagros e intervenciones celestiales, los humildes isleños autóctonos fueron arrollados, se establecieron derechos de propiedad y se construyeron las primeras sedes municipales y las primeras iglesias austeras. Venecia fue fundada en la desgracia por refugiados desposeídos de su anterior forma de vida, que se vieron obligados a aclimatarse a otra. Diversas colonias dispersas de gente de ciudad, acostumbrada a la fácil vida romana, tuvieron que luchar

contra los húmedos y fríos miasmas de los pantanos (las «exhalaciones de malaria», como diría Baedeker, cerrándose la mosquitera a toda prisa, mil cuatrocientos años más tarde). Aprendieron a construir y a manejar barcas pequeñas, a conocer las traidoras corrientes y bajíos de la laguna, a vivir de la pesca y del agua de lluvia. Levantaron casas de zarzos y mimbre, con tejado de paja y alzadas sobre pilares.

Guiados por sacerdotes y patricios del orden antiguo, sentaron instituciones nuevas basadas en los precedentes romanos: había un gobierno de tribunos en cada colonia, que fueron uniéndose poco a poco, a base de peleas y derramamiento de sangre, en una administración única bajo la presidencia de un dux, cargo no hereditario sino elegido, y con carácter vitalicio: «con la misma ley para el rico y el pobre», según el primero de los innumerables aduladores de Venecia, «y la envidia, esa maldición del mundo entero, no tenía lugar allí». Los pueblos de la laguna fueron pioneros, como los colonos del Lejano Oeste o los de la sabana tropical. Crèvecoeur escribió en una ocasión sobre «el nuevo hombre, el americano», pero Goethe utilizó exactamente la misma expresión para describir a los primeros venecianos cuyo mundo anterior había sucumbido a su alrededor.

Sus comienzos son claramente borrosos y, sin duda, no tan uniformemente edificantes como quieren hacernos creer sus primeros apologistas. La laguna tardó muchos años en surgir vigorosamente a la vida, y siglos sus hombres nuevos en abandonar las rencillas entre ellos, desarrollar la idea de nación y construir la gran ciudad de Venecia propiamente dicha, hasta poder decir de sí mismos (como decían con soberbia a los reyes bizantinos): «Esta Venecia, que hemos levantado en las lagunas, es nuestra poderosa morada ¡y ningún poder de emperadores o

príncipes puede tocarnos!». Los primeros datos cronológicos de Venecia son dudosos y discutibles; nadie sabe en realidad qué pasó ni cuándo pasó, si es que pasó.

No obstante, la leyenda siempre es precisa y, si hemos de dar crédito a las crónicas antiguas, la fundación de Venecia tuvo lugar el 25 de marzo del 421 a las doce del mediodía exactamente. Según mi calendario perpetuo, era viernes.

EL PUEBLO

1. ISLEÑOS

Y los venecianos se convirtieron en isleños, e isleños siguen siendo, todavía un pueblo aparte, todavía con el matiz triste de los refugiados. Las cenagosas islas de la laguna, unidas a lo largo de siglos en una rutilante república, se convirtieron en el mayor de los Estados comerciantes, en dueñas del comercio oriental y en la mayor potencia naval del momento. Durante más de mil años, Venecia fue única entre las naciones, medio oriental, medio occidental, mitad tierra, mitad mar, situada entre Roma y Bizancio, entre el cristianismo y el islam, con un pie en Europa y el otro chapoteando entre las perlas de Asia. Se llamó a sí misma la Serenísima, se atavió con tisú de oro e incluso contó con su propio calendario, en el que los años comenzaban el 1 de marzo y los días, por la noche. Tan solitaria altivez, ejercida desde los refugios de la laguna, confirió a los antiguos venecianos un curioso sentido del aislamiento. Con el aumento de la grandeza y la prosperidad de la República, el endurecimiento de las arterias políticas y el flujo de un botín deslumbrante que enriquecía los palacios e iglesias, Venecia se revistió de misterio y maravilla. El mundo la imaginaba como una mezcla de fenómeno y cuento de hadas.

Por encima de todo siguió siendo una ciudad de las aguas a ultranza. En los primeros tiempos, los venecianos abrieron caminos desiguales en las islas, las recorrían en mula y a caballo, pero con el tiempo desarrollaron el sistema de canales, basado en cauces y arroyuelos existentes, que todavía hoy es una de las maravillas más sabrosas del mundo. La capital, la propia ciudad

de Venecia, fue construida sobre un archipiélago en el centro de la laguna. Su paseo marítimo era el Gran Canal, la arteria central de la ciudad, que se curvaba en un meandro majestuoso entre un desfile de palacios. Su Cheapside o Wall Street era Rialto, una isla primero, luego un barrio y, finalmente, el puente más famoso de Europa. Los dux se trasladaban en fantásticas gabarras doradas y, al pie de todas las casas patricias, las góndolas descansaban con elegancia en sus amarraderos. Venecia desarrolló una sociedad anfibia particular y las vistosas fachadas de las mansiones abrían sus puertas directamente al agua.

Con un telón de fondo físico tan extraordinario, los venecianos erigieron una clase de Estado no menos notable. Al principio fue una especie de democracia patriarcal, después, una oligarquía aristocrática de las más cerradas en la que (a partir de 1297) la autoridad se restringió estrictamente a un grupo de familias patricias. La autoridad ejecutiva pasó en primer lugar a dicha aristocracia, luego, al Consejo de los Diez, de carácter interno, y, posteriormente y cada vez en mayor grado, al Consejo de los Tres, cargo más exclusivo y reticente, con carácter rotativo de un mes de duración. Para mantener la supremacía y prevenir tanto las sublevaciones populares como las dictaduras personales, la estructura del Estado se reforzaba con una tiranía despiadada, impersonal, anodina y cuidadosamente misteriosa. A veces, un forastero, al pasar junto al Palacio Ducal, encontraba un par de conspiradores anónimos desfigurados colgados en la horca u oía un murmullo atroz de tortura en los calabozos del Consejo de los Diez. Una mañana, los venecianos descubrieron a tres traidores convictos enterrados vivos, cabeza abajo, entre las losas de la Piazzetta, con los pies sobresaliendo entre las columnas. Una y otra vez se enteraban de que

tal o cual famoso cabecilla nacional, almirante o *condottiere*, había cobrado demasiada importancia y había sido estrangulado o encarcelado. Venecia era una especie de Estado policial, pero en vez de adorar al poder, el poder la aterrorizaba y se lo negaba a todos y cada uno de sus ciudadanos; de este modo, justo y feroz al mismo tiempo, logró sobrevivir a todos sus rivales y mantener su independencia republicana hasta las postrimerías del siglo XVIII.

Todo esto era maravilloso, pero no lo eran menos la riqueza y la fortaleza de Venecia, que, según hacían saber los venecianos con asiduidad, eran dones divinos. San Teodoro primero y san Marcos evangelista después supervisaron los destinos de la República y el brazo veneciano se hizo fuerte con toda clase de alusiones y reliquias sagradas. «Pax Tibi, Marce, Evangelista Meus», dijo un mensajero divino a san Marcos cuando se hallaba perdido en un banco de arena apócrifo en esta misma laguna; y esas palabras se convirtieron en el lema nacional de la República de Venecia, una recomendación de mandato divino.

Fue la mayor potencia marítima de su tiempo, sin rival en tonelaje, capacidad ofensiva y eficiencia. Su gran Arsenal fue el mayor astillero del mundo y sus secretos se guardaban con tanto celo como los de una fábrica de armas nucleares; el perímetro de las murallas era de tres kilómetros, la nómina era de dieciséis mil personas y, en las guerras contra los turcos del siglo XVI, todas las mañanas partía de los astilleros una nueva galera para un viaje de cien días. La armada veneciana, tripulada por hombres libres hasta el apogeo de la esclavitud del siglo XVII, fue el instrumento de guerra más formidable y su artillería continuó siendo incomparable hasta mucho después del ascenso de Génova y España como potencias navales.

Venecia se encontraba en la boca del gran valle del Po, mirando hacia el este y protegida, al norte, por los Alpes. Era un embudo natural de intercambio entre Oriente y Occidente, su grandeza se levantó sobre su geografía. Estuvo vagamente sujeta a Rávena primero y a Bizancio después, pero acabó estableciendo su independencia tanto del este como del oeste. Se adueñó del Adriático, del Mediterráneo oriental y, finalmente, de las rutas comerciales orientales: Persia, India y la rica y misteriosa China. Vivía del comercio oriental. Tenía caravasares propios en las ciudades orientales y «todo el oro de la cristiandad», como se quejaba un cronista medieval, «pasa por las manos de los venecianos».

El Oriente empezaba en Venecia. Marco Polo era veneciano y los mercaderes venecianos, en busca de nuevas y lucrativas vías comerciales, recorrieron gran parte del Asia Central. Engalanada con atavíos orientales, Venecia llegó a ser la ciudad más vistosa: «la ciudad más triunfante que han visto mis ojos», escribió Philippe de Commines en 1495. Allí abundaban las sedas, las esmeraldas, los mármoles, los brocados, los terciopelos, el tisú de oro, el pórvido, el marfil, las especias, los perfumes, los simios, el ébano, el añil, los esclavos, los grandes galeones, los judíos, los mosaicos, las cúpulas brillantes, los rubíes y todas las fastuosas mercancías de Arabia, China y la India. Era un cofre de tesoros. Sin embargo, a la larga, se arruinó después de la conquista musulmana de Constantinopla en 1453, que puso punto final a su supremacía en Oriente Medio, y del viaje de Vasco de Gama a la India en 1498, que quebró su monopolio del comercio oriental; a pesar de ello, retuvo su palmito y su esplendor, y aún conserva hoy su dorada reputación.

Jamás fue amada. Siempre fue la foránea, siempre envidiada, siempre sospechosa, siempre temida. No encajó en ninguna

categoría de naciones apropiada. Fue la leona solitaria. Comercia con cristianos y musulmanes indiscriminadamente enfrentándose a las espantosas penas papales (es la única ciudad aliada, en el famoso mapa de Ibn Khaldun, del siglo XIV, junto a lugares como Gog, Omán, Tierra Fétida, País del Páramo, Soghd, Tughuzghuz y Vacío del Norte a Causa del Frío). Fue la más experta y desaprensiva amasadora de fortuna, se dedicó abiertamente al lucro, llegó incluso a tratar las guerras santas como inversiones prometedoras y a complacer al emperador Balduino de Jerusalén cuando quiso empeñar su corona de espinas.

Venecia imponía precios elevados, condiciones implacables y motivos políticos tan poco claros que la mayoría de las grandes potencias del siglo XVI se unieron en la Liga de Cambrai para suprimir «la inestable codicia de los venecianos y su sed de dominación» (y tan perversamente eficiente era la ciudad que sus correos le llevaron las nuevas de la resolución desde Blois en ocho días justos). Ni siquiera en los siglos XVII y XVIII, cuando defendió a la cristiandad ante los turcos victoriosos casi en solitario, llegó a ganarse la aceptación de las naciones. Era como un grifo o un fénix merodeando alrededor de una colonia de grajos.

Con el paso de los siglos, al perder supremacías, debilitarse la presión de los príncipes mercaderes, minar sus energías con inacabables disputas y embrollos italianos y convertirse en potencia continental..., al hundirse en la degeneración durante el siglo XVIII, se transformó en un prodigio de otra clase. Durante su último siglo de independencia fue la ciudad más alegre y mundana, una mascarada y un jolgorio perpetuos donde nada era excesivamente atrevido, vergonzoso o licencioso. Sus desinhibidos carnavales se alargaban, se honraba a sus cortesanas, sus símbolos preponderantes eran el dominó y el as de picas.

Los disolutos del mundo occidental, los salaces y los simples amantes de la diversión acudían en tropel a sus teatros y mesas de juego, mientras las gentes respetables de toda Europa lo deploraban como habrían deplorado, desde una distancia prudencial, los tejemanejes de una nueva versión de Sodoma y Gomorra. Ninguna otra nación murió jamás en medio de semejante fiebre de hedonismo. Venecia se precipitó en espiral, a lo largo del mandato del centésimo vigésimo dux, en un fandango de vida regalada y diversión, hasta que por fin Napoleón terminó con la República deponiendo bruscamente al inútil gobierno y poniendo desdeñosamente a la Serenísima en manos austriacas. «Polvo y cenizas, muerta y acabada, Venecia gastó lo que Venecia ganó.»

Esta peculiar historia de una nación duró un milenio, y la Constitución veneciana permaneció inalterada desde 1310 hasta 1796. Nada es ordinario en la historia de Venecia. Nació peli-grosamente, vivió con grandeza y jamás renunció a su descarado individualismo. «¡Menudos pantaleones!», exclamó un caballero de la corte francesa del siglo XVI refiriéndose a los venecianos en un momento de descuido, e inmediatamente recibió un bofetón por parte de su excelencia el embajador veneciano. No obstante, el desaire fue forzado. No se puede sentir desprecio por los venecianos, solo resentimiento. Su sistema de gobierno, a pesar de la crueldad, gozó de un gran éxito y fomentó un amor sin igual por el país entre los ciudadanos de todas las clases. Sus flotas eran incomparables, los artistas más nobles de su tiempo la embellecieron con su genio, los mercenarios mejor pagados competían por sus comisiones, las mayores potencias le pedían préstamos y alquilaban sus naves y, durante dos siglos, los venecianos, al menos en el comercio, «mantuvieron el dominio sobre

el magnífico Oriente». «Venecia ha conservado la independencia durante once siglos», escribió Voltaire treinta años antes de la caída de la República, «y me complace imaginar que la conservará siempre»; Venecia ocupaba una posición tan especial en el mundo, tan singular y familiar como la de Simeón Estilita en lo alto de la columna, en los tiempos en que papas y emperadores mandaban enviados a consultarle.

Venecia continúa siendo curiosa. Desde la llegada de Napoleón, a pesar de algunos momentos de heroísmo y sacrificio, ha sido principalmente un museo cuyas cancelas automáticas cruzan sin cesar ejércitos de turistas. Cuando el Risorgimento triunfó en Italia, Venecia se unió al nuevo reino y desde 1866 no ha sido otra cosa que una capital de provincia italiana más..., pero aún es, como siempre, un fenómeno. Es una ciudad sin ruedas, una metrópolis de canales. Continúa siendo dorada, con los ojos de color ágata. Los viajeros siguen encontrándola asombrosa, exasperante, sobrecogedora, tan cara que arruina, extravagante y, como dijo un inglés del siglo XVI, «decantada en majestad». Desde entonces, los venecianos adquirieron rango de ciudadanos italianos, aunque son aún una raza sui géneris que solo puede compararse, como dijo Goethe, consigo misma. En esencia, Venecia fue siempre una ciudad Estado a pesar de sus períodos de expansión colonial. En toda la historia del lugar, es posible que no haya habido más que tres millones de venecianos auténticos..., y esa marcada insularidad, ese aislamiento, ese sentido de lo singular y sinuoso ha mantenido asombrosamente el carácter veneciano como si fuera un intestino atípico conservado en formol o momificado con lociones.